

En el sótano

Irma Guadalupe Bautista Delgado

¿Cómo es que a veces no puedo escribir?, el cuerpo me tiembla mientras los ojos se reparan con agua cristalina. Quiero olvidar una historia de la que no puedo huir porque es mi historia. Cuando no puedo escribir, mi voz se hace nudos bajo la piel que no conservo. No quiero volver la vista atrás porque hay ocasiones que el dolor está enfrascado sobre repisas una detrás de otra, hacia arriba o aquellas que bajan al sótano. Ahí, como en las historias de miedo, el terror se apodera desde abajo hacia arriba como cuando aquel hombre tocó mis piernas bajo la falda, mientras yo sostenía un dulce en la mano izquierda. El sótano, lugar donde azotan las culpas en silencio. Desde ahí mil demonios se fraguan a la luz de la vida, sin vino ni humo, ni compañía, todo a secas. Cara a cara con los monstruos desfigurados por la cordura, rabia de saberlo y no arrancarlo y no cortarlo de tajo, no poder sacarlo como cuando uno arranca las raíces de una planta seca para acomodar una nueva. Hay una bruja que me espía todo el tiempo, un alma cautiva en su desconcierto ¿Cómo es que aquí abajo navegan los barcos que llevan el mejor destino?, ¿quién ha podido sobrevivir 38 años a mar abierto? Los rincones del mundo se vuelven ceniza, apenas hay un rescoldo de luz, nadie abre la puerta secreta, marionetas de trapo quemaron mis sueños. Se me fue la abuela y yo quería darle un abrazo. Me dejó un rebozo y no sé cómo envolverme la cabeza y mantenerme en silencio. Algún día volverá la muerte y ella vendrá a paso lento por mi prisa.

A veces dicen que aquí en el sótano es como un lugar encantado, todo permanece intacto, todos los cuerpos al desnudo, todos los rostros babeando saliva a gotas o estornudos. Aquí la enfermedad jadea como un perro sediento. Amo dormir en absoluta oscuridad. Desde que era niña amaba que se llegara la noche, donde cada quien estaba en su sitio, donde cada quien se alejaba y se iban a solas al silencio. Y ahí, yo espíaba la vida y sus minutos, sus horas, sus silencios más delicados, los más suaves; así aprendí a agudizar el oído, así podía moverme libre en el pensamiento, en los sueños sin que la bruja me maldijera, sin que me acechara, sin temerle a su infinito castigo invisible, nadie podía verlo. Tal vez, llegué a pensar que antes de nacer alguien me había puesto ojos dobles que podían ver lo que el cuerpo y la voz ocultan. Ahora recuerdo haberme perdido siempre entre mis pensamientos. No había nadie con quien pla-

ticar, no había alguien con quien jugar. No podía acercarme a los otros porque la bruja siempre me lanzaba piedras al lugar donde me movía. Crecí con espinas en todo el cuerpo, pero se me fueron cayendo con el paso del tiempo. Tengo una canasta repleta de silencios, de temores, de cariño convertido en bellotas que a veces lanzo sin explosivos. La abuela se fue y ya no ha vuelto. Tengo pendiente un pozole, unos chicharrones y su cuaderno. Que las letras jamás paren, que mi mano, aún inválida corra de una orilla a otra. Martes, como el segundo día después del entierro de la abuela. Quisiera asomarme por la ventana a ver si la veo llegar con sus bolsas de plástico a los lados, pero veo sólo la claridad de la noche. Ya el frío no me quema los dedos. He pedido pestañas postizas, he canjeado muerte por vida, he peleado batallas con el cuerpo deshecho y sin hebillas. Todas estas batallas las he ganado porque mi padre ha estado a la distancia observándome tembloroso y en llanto oculto. La bruja duerme con un ojo abierto y un zapato puesto para vigilar cualquier respiro y contar los insectos que llevo muertos. Aquí, a este sótano la bruja no puede llegar, tendría que sacarme los ojos, las venas, las vísceras, el corazón y pelear aún con cada uno de mis huesos. Es tarde, no puedo respirar y las palabras se me están durmiendo. La llave, la llave para abrir el sótano se la llevó la abuela y dicen que ya no regresará, pero sé que en la próxima vida yo cargaré con la puerta y ella lleva ya amarrada por dentro de las bolsas del mandil, la llave con el listón rojo.

